

Alejandro Fernández Bruña

Ahora yo ya solo
aspiro a las enumeraciones

No hubo esta vez ningún pájaro blanco al
vuelo para decirnos que algo muere en luz
saturada para que otra cosa nazca en vacío [lo
dijo Heisenberg, lo dijo Heráclito, lo dijo
Burgalat, lo dijeron tantos]. Solo transparente
opacidad. Ahora yo ya solo aspiro a las
enumeraciones.

AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO, *Carne de píxel*

La distancia entre quien habla
y quien por ejemplo dice *mi pecho* y quien
sirve
de soporte a esa habla
y dice por ejemplo *yo* es la que atraviesa
la retórica, toda la lengua.

OLVIDO GARCÍA VALDÉS

Neque porro quisquam est qui dolorem
ipsum quia dolor sit amet, consectetur,
adipisci velit.

MARCO TULLIO CICERÓN

I

Yo persigo una forma desde hace tiempo.
Y desde hace tiempo
no alcanzo
sino el hueco que deja al irse,
el olor rezagado de la esfera,
el perímetro exacto
del primer silencio que compartimos.

Abrazo imposible
esta sucesión de espacios y sílabas,
este lenguaje en diferido
que llega cuando yo ya no estoy.

II

El verbo hace tiempo ya
que se hizo sustantivo:
perdió el número, el género,
la intención, el tiempo.

Y habitó entre nosotros,
y vimos su gloria
lleno de gracia
y de verdad
y qué.

Y mis manos
que buscan la imagen
solo encuentran palabras,
cáscaras vacías, sin fruto,
secas por el paso del tiempo.

Y mis manos que chapotean en el cieno
porque soy un hijo del limo
—signifique lo que signifique esto—
solo sacan barro,
que no es metáfora de nada,
solo barro.

III

Fui hacia la poética del (sujeto omitido)
aunque jamás llegué a salir de mi paréntesis.

(Yo) miro donde piso
pero por mucho que lo intente
no sé caerme, ya nací aquí abajo.
(Tú) eres la forma más amable del otro
y te escucho respirar cuando usas tu lenguaje.
(Él) tiene que imaginarnos
para vernos de verdad.
(Nosotros) disimulamos nuestra sombra
con una sombra aún mayor.
(Vosotros) os unís a nosotros como células,
por si acaso el cielo, la tierra o la nada.
(Ellos) solo se conocen entre sí.

IV

De lo que quedó en pie no sé nada:
qué normas rigen su verticalidad,
qué leyes aseguran su permanencia.

Cómo creer en el nombre
ahora que no hallo
sino la palabra que huye.

V

Hambriento de formas, sediento de estructura
solo intento respirar en primera persona,
expiar mis pecados, desdecir el lenguaje,
gastar la tecla del yo
hasta que me duela el dedo corazón.

Borrar todo lo escrito
en el seno del Padre
para reescribirlo con mi propia letra.

Pensaba en la palabra *alma*
pero solo pude pronunciar *cuerpo*.

(Yo) sueño en plural.
(Tú) no sabes si sueñas.
(Él) sueña que soñó.
(Nosotros) soñamos en singular.
(Vosotros) soñáis la realidad.
(Ellos) no sueñan.

VI

Algún día comenzó esta asfixia,
esta ausencia de lenguaje,
este ahogarse entre infinitivos,
esta falta colectiva de aire,
este no poder respirar
en otras lenguas,
este no saber sin fondo,
este vacío tan lleno de nada,
esta enumeración infinita
que parece no acabar nunca.

VII

La acción en abstracto
toma el aspecto del nombre.

No pertenecen a ningún país,
no tienen idioma
los nombres
—desde hace tiempo—.

VIII

Cuando pase al otro lado del río
—olvidados los márgenes—,
cuando el agua me llegue hasta las rodillas
y me cueste avanzar, cuando deje atrás
toda la luz que me precede
y mi sombra me abandone,
no me llames porque no acudiré.

He olvidado el camino de vuelta a casa
que yo mismo creé pisando la hierba
al pasar infinitas veces por el mismo sitio.

IX

A cambio de mi escritura no pido nada,
ni el arco ni la lira, solo este caudal inmenso
del que no puedo beber de tanta sed.

Tal vez este año crezca la hierba en el claustro,
tal vez estaremos aquí para verlo. Si no,
tendremos que imaginarlo desde fuera.

Desde el otro lado
no podré sino significar
como he hecho hasta ahora,
con los brazos abiertos hacia lo alto,
como el que espera recibir algo.

X

Cuando vuelva a este lado
no importarán los márgenes ni las riberas
ni si el agua está fría o es transparente,
ni si este río es el mismo río
en el que se bañó mi padre o no.

Pase lo que pase estará todo bien.

XI

El mundo comenzó para nosotros
en el momento de la creación,
dispuestos ya los signos.
Los mirábamos pudrirse en su rama
sin saber qué hacer. Nunca tocamos el lenguaje
a pesar de que lo tuvimos al alcance de la mano.

Tampoco se nos ocurrió sacudir el árbol
para acceder a los frutos más altos.
La violencia era inimaginable.
Preferimos ver cómo las palabras se oxidaban
y perdían su luz bajo el mismo sol de siempre.

La vida era bella e inútil,
una abstracción familiar:
volver del colegio para resumir el mundo
en cuatro o cinco frases;
nombrar personas, plantas y objetos por primera vez
—¿te acuerdas cuando confundíamos *vertical* y
horizontal?—;
levantar la mano y señalar a Dios
para pedir permiso por todo,
preguntando si podíamos ir al baño,

si podíamos preguntar,
hablando por si acaso alguien escuchaba.

Las personas en este paraíso privado ajeno al tiempo
soñábamos. Todo estaba aún por destruir:
el árbol de la ciencia, la limpieza del aire,
las puertas del cielo, la pureza del verbo.
De ese pasado —cuántos siglos ya—
conservo dos cosas:
la música y la imagen.

A veces olvido el canto
y otras olvido imaginar.

Esperaremos, como siempre hicimos,
hermanos, la llegada del milagro
—de un milagro, cualquier milagro—
con la misma vocación para el deseo de antes.

XII

Dime qué significan los cementerios
y las ciudades. Repítame otra vez
por qué he de dictar mi propio epitafio
si siempre se me dieron mal los resúmenes en clase.

Por qué he de retocar mi testamento,
enterrar mis conceptos,
elegir la madera del ataúd,
heredar o renunciar a mis apellidos.
Por qué. Enfermo de otros
qué hago con esta náusea entre las manos,
cómo integro la arcada
entre la inspiración y la expiración
sin cortar el flujo continuo de aire.

Dime, por favor, dime
que esto no es el infierno todavía.

XIII

No importa la flor nunca abierta en el campo,
importa la flor nunca escrita. Supongo.

*Por qué cantáis la rosa,
hacedla florecer en el poema:
rose is a rose is a rose is a rose.*

¿Podéis olerla? ¿Sentís cómo se hunde vuestra carne
cuando presionáis una de las muchas espinas de su tallo?
Yo tampoco. Intento escribir algo distinto
pero tengo la misma caligrafía de siempre
y no creo sino que soy creado después de todo.

No importa la distancia entre dos puntos
siempre y cuando no haya obstáculos en medio
y la carne siga siendo opaca a la luz.

No importa el frío de la muerte
ni la muerte misma, no los conozco
y no los conoceré antes de cerrar los ojos.

No importa mi espíritu sucio
ni la claridad del este cielo zamorano,

sigo viendo a través de los días aquel sol de mayo.

No importa la tierra dura de tanto caminar:
caminaré en vertical
cuando se me acabe el suelo.

Entre los hombres a solas
no me importa el silencio
ni la voz última de Dios.
Iré a su encuentro cuando llegue la hora.

XIV

nuestras ganas de significado

LETICIA YBARRA

Hablamos como si hubiera alguien del otro lado,
esperando lo que justo estamos diciendo
en ese preciso instante.

Tras la caída de los símbolos,
los ayuntamientos, el yo,
las estatuas siempre ecuestres
y fijadas en el skyline de la ciudad,
a nosotros, los hijos del signo,
nos tocó significar. Qué remedio.

XV

A pesar no recordar nunca mi código postal
amanezco todos los días en la misma cama.
A pesar de que no sé escribir en alto,
a pesar de que las nubes se deshagan con el viento
y no tenga ni un solo recuerdo sobre mis vacaciones,
a pesar de todas las enumeraciones
que, por mucho que lo intente,
jamás podré acabar, a pesar de todo
nos tenemos el uno al otro.

XVI

Dice el expresionismo alemán
que el mundo empieza y acaba en el ojo,
que no hay líneas rectas (solo esta curva infinita
que ya nos dijeron *se volvió barricada*),
que estamos condenados a la luz
aunque no sepamos dibujarla,
que no hay nada más allá de uno mismo
y que la conciencia es un bálsamo para la culpa.

XVII

No sé dónde empieza mi cuerpo
ni dónde acaba el del otro.

Cómo llegar a la cuarta persona del plural
desde este singular desierto, océano, bosque,
paisajes tan vastos cuyo plural parece imposible
(no confundir *vastedad* con *infinito*).

XVIII

Soy la medida de todas las cosas:
yo mismo de mí mismo soy barquero
y a cada instante mi barquero es otro.

DÁMASO ALONSO

Uno de ellos rema mientras los otros le dan órdenes.
Yo me limito a contemplar el paisaje.
Yo, en cambio, prefiero formar parte de él.
Yo dibujo el horizonte con una regla por si acaso
pero me queda torcido a pesar de todo.
Yo intento tardar lo máximo posible en regresar a casa,
calculando el camino más largo para la vuelta.
Yo intento no hacer nada, aunque desde el silencio
sigo cantando, súbitamente yo.

XIX

No hay reposo absoluto,
jamás descansará nuestra materia.
El espacio entre mi cuerpo y el del otro
se agrandará a cada instante.

La muerte, movimiento negativo,
desandará nuestros pasos, borrará las huellas
que con tanto esfuerzo hicimos caminando,
con los ojos abiertos en su búsqueda.

Después, la calma al fin.
El nombre desbordado,
el sintagma roto por exceso.

Palabras sin palabras,
una interminable consecuencia.

XX

Y así nació Occidente
CARMEN JODRA DAVÓ

De la Edad Media heredamos este llanto
sin nombre, el mundo como valle de lágrimas
(un valle estrecho, angosto, claustrofóbico
si se me permite el apunte).

Del Renacimiento aún nos queda algo de luz
a pesar del tiempo, la historia y los historiadores.

De la Ilustración guardamos unas velas derretidas,
la idea del hombre como medida del universo,
las luces fundidas de la razón,
las viejas gafas de la mimesis
y manuales de diez tomos
sobre cómo amar.

Del Romanticismo la sombra,
el mirar hacia atrás por no saber mirar hacia delante,
la idea del alma pero no el alma misma.

De las Vanguardias, ¿las vanguardias?
La ^{posibilidad}, el aburrimiento, la ruptura,
crear palabras nuevas
para nombrar esta culpa histórica
a la que le robo las horas de sueño.

Al menos son nuestras.

XXI

Cuando fuimos huérfanos, ángeles derrotados,
las mejores mentes de mi generación,
idiotas y humillados, porque éramos jóvenes,
creíamos que nuestro padre era Dios.
Pregúntale al polvo la huella de los días.

XXII

El cuerpo en que nací por una muerte apropiada,
la piel que habito por cuenta propia: placeres sencillos.
Ropa tendida, un puñado de flechas —por así decirlo—,
un lugar soleado para gente sombría,
una ventana al norte.

El final del amor, problemas en el paraíso,
días sin hambre: es dulce mal, gustar y emocionar.
Escritos en el cuerpo los disparos del cazador,
nada que hacer. Se está haciendo cada vez más tarde.

XXIII

Extraña forma de vida. La ciudad doble, el viaje vertical,
el hueco de tu cuerpo, gente que llama a la puerta,
la hora azul en la confidencia, el volumen del tiempo:
formas breves.

La escala de los mapas: carreteras secundarias,
amigos que no he vuelto a ver, historias mínimas, prosa
y circunstancia, su cuerpo y otras fiestas.

En casa ha dejado de llover pero no en las aceras
ni en los parques infantiles. Más tarde, el mismo día,
el hombre invadido, el hombre roto.

Mar de fondo, la vida pequeña parte de mí:
las palabras justas, seres queridos,
los domingos, años felices, mala letra,
la vida equivocada y el cielo era una bestia.

XXXIV

Una cuestión personal: de qué hablamos
cuando hablamos de amor. Alguien bajo los párpados,
el lado frío de la almohada, una música constante,
la ciudad ausente, persianas metálicas bajan de golpe.
Metáforas sospechosas.

Entiéndame, a quien corresponda.
Aquí no hay poesía.
Retiro lo escrito.

XXV

No estamos preparados para el conocimiento.
Aun así, nombrar el placer nos será insuficiente.
~~nos es insuficiente~~
Solo quedará aquello que perviva fuera del recuerdo.

El dolor parece la puerta al cuerpo
pero solo hay una habitación vacía,
una colección de cables sin enchufar
y marcas en el suelo
y en la pared del antiguo inquilino.

La ausencia también tiene sus formas.

XXVI

El sujeto se ha emancipado —no sabemos de quién—
pero seguimos siendo los mismos hijos sin hijos
de hace años, una antología de fantasmas
buscando un recipiente definitivo.

Cada vez parece más lejana la idea del perdón
siempre y cuando no vaya de la mano del olvido.
No recuerdo nada más allá de mí mismo.
Es demasiado tarde para la memoria.

XXVII

Vuelvo al latir predeterminado de una época
que sistematiza sus actos para obviar
lo que hay después de la palabra,
el desierto de lo real,
la sed desmesurada del que alguna vez probó el agua
sin saber que no volvería a hacerlo jamás.

XXVIII

Más allá de los pájaros / más allá del canto
más allá de la voz / más allá de la acústica
más allá del espejo / más allá de la identidad
más allá del vacío / más allá del silencio
más allá del lenguaje / más allá de la historia
más allá de la esfera / más allá de la curva

digo *nombre* y nada sucede.

XXIX

Años inolvidables cuando éramos ángeles.
¿Ahora? Volver a dónde.
Somos el tiempo que nos queda.

XXX

Los lenguajes de la verdad:
cada palabra es una semilla
aunque hace años que no sopla el viento.

Atrás queda la tierra, pájaros en la boca,
todo cuanto amé: una vida mejor
en busca de tu nombre.

XXXI

Entre el mundo y yo nada:
apenas un segundo de retraso.

Luego, el imperio de los signos,
tus pasos en la escalera, el país bajo mi piel,
una historia propia: ser o no ser (un cuerpo).

XXXII

Lo que sembramos los hijos del signo:
días imaginarios, vulnerabilidades,
la mala costumbre de perder la piel,
conjunciones y disyunciones,
un cambio de verdad,
una vocación imposible.

En esto creo. Es tiempo de silencio.

XXXIII

Dame seca la sed para invocarte
olvido. El coro de las cosas entona
su reclamo

La sed, ADA SALAS

Eran aquellos mundos un hueco en la imagen,
frases con derecho al olvido.

Todo aquello era cierto. Las flores han caído
pero no sabemos dónde buscar sus cadáveres
ahora que nos hemos cansado de encontrar,
ahora que no nos caben más palabras en las manos,
ahora que pensamos que nos sobra lenguaje
porque nunca pudimos nombrar por primera vez.

Ahí estuve yo: en el centro de la idea
y al margen de la matemática.

XXXIV

Desde la otra orilla me contemplo
sin una sola palabra que llevarme a la boca,
con las manos tan llenas de significados
que apenas puedo ver mi cara.

Sin hablar de mi madre
aunque cada vez que escriba
lo haga con su letra.

Sin hablar de mi padre
porque no he tenido padre, sin embargo,
cada vez que respiro bajo todas las formas posibles
me sorprendo repitiendo sus pasos sin darme cuenta.

XXXV

Cómo no se ha de morir un mundo
ya todo horizontal.

MARIBEL ANDRÉS LLAMERO

Mientras se cumpla la ley del libre comercio
la versión más reciente del capitalismo
dará problemas al iniciar sesión.
No recuerdo el nombre de mi usuario.

La historia es un puzle
con las piezas sin pintar.

Si la vista es mera casualidad,
no habrá mayor castigo
que tener los ojos abiertos
ni mayor dolor que no haber mirado.

La historia es un puzle
en una caja cerrada.

Aspiramos a la revolución del maniquí,
a la calma del que lo ha visto todo
y no puede hacer otra cosa

que esperar, esperar, esperar.

La historia es un bucle
aunque no sepamos el diámetro
de cada nuevo círculo.

XXXVI

Ejercimos nuestro derecho al distanciamiento
para sembrar la duda, sin consultar antes el calendario lunar.
No recolectamos nada más que otra tormenta.

Cedimos ante el abandono una fe de vida, aunque quién
si no tú iba a devolverle la luz a este paisaje en fuga.
Nuestros cuerpos fueron creíbles y necesarios,
lo suficiente como para olvidarse de la culpa durante un rato.

La retórica nunca debió construir su palacio
en los jardines del lenguaje, cuya tierra ahora compacta
impide cualquier intento de siembra.

XXXVII

Ya inauguramos la infancia, aprendimos a hablar,
a levantar la mano, a dar rodeos, a pedir permiso.
Imaginamos otras lenguas, nos pusimos de pie
y perdimos la infancia y el habla de nuevo.

Hace años ya. Enunciamos el trauma,
trazamos nuestra memoria por puro exhibicionismo:
lo puedo repetir para vosotros.

Época de revanchas, de *enemigos íntimos*,
de fantasmas extranjeros recordándonos nuestra
biografía:
una colección de fracasos en tercera persona.

XXXVIII

Escribir es rezar en silencio, hablar con uno mismo
como si de verdad fuera posible hablar con uno mismo.

XXXIX

Contra la universidad la literatura subterránea:
debajo de los pupitres / debajo de las uñas,
debajo de los apuntes / debajo de la piel.

Las espaldas dobladas
como un signo de interrogación,
las manos callosas porque la literatura
siempre fue escurridiza.

Hacemos preguntas: cuánto nos queda aún
para seguir desconociendo. No hay literatura ideal
que no aspire a su individualidad.

¿No es fantástico?

XL

Estoy del otro lado,
detrás de la puerta que he de abrir
para verte en viejos tiempos,
cuando te rogué que dijeras mi nombre
por si algún día se me olvidaba.

*No te alcanzo, no paso de tu cuerpo
porque estás detrás de las horas.*

XLI

Se han roto,
se han roto todas las personas del verbo.

LEOPOLDO MARÍA PANERO

Yo nací (perdonadme)
en la edad de la pérdida y la sed.
De aquella vida de hijos sin padre
y de hermanos sin hermano
queda este resentimiento,
la mitología involuntaria de un dolor
que a lo lejos se repite.

De mi infancia apenas una historia
y una lección mal aprendida,
olvidadas las fuentes.

XLII

Tú, que ya explicaste la diferencia
entre el objeto y el sujeto
y nadie levantó la mano.

Mojada todavía de órdenes y miradas,
ya viste y fuiste vista
desde todos los ángulos posibles, ya.

Tú, que preguntaste uno por uno si quedaban dudas
y nadie dijo nada. Hay vida más allá de la imagen,
hay imágenes más allá de la vida.

XLIII

Él, que quiso decir *yo*
y afirmarse a este lado del umbral
no supo abandonar su sombra.

Él, que nunca pronunció
palabras como *soy, he sido o hubiera hecho*
y habla de sí mismo en tercera persona.

Él, que quiso salirse del pronombre
y romper el sintagma,
no pudo abandonar su casa en las afueras.

XLIV

Nosotros, acostumbrados a pedir el café solo
y a que nadie apague la luz por nosotros de noche,
juntos no sumamos uno.

Nosotros, jardín de flores curiosas plantadas al azar,
bosque excesivo sin apenas camino,
selva de gran altura esperando la poda.

Árbol solitario, el todo nunca fue igual
a la suma de sus partes, me digo.
Siempre la claridad viene del cielo.

XLV

A vosotros: pecadores, paisanos,
muertos de hambre y vivos de apetito.
Hablad más bajo, dicen, hablad más bajo,
aunque no penséis que os hablen a vosotros.

XLVI

Serán ellos
los que vendrán a otorgarnos un nombre
cuando fallen los primeros plurales.

Más tarde, cuando ya no quede nadie,
cuando la vocación nos abandone,
cuando ya no entendamos nuestra propia letra,
cuando se disipen el remordimiento y la sed
y cuando nadie nos recuerde nuestra biografía,
cuando ya no,
serán ellos, los mismos que llegaron,
los que se irán llevándose consigo
el nombre que nos dieron.

XLVII

Desde joven faltó el azul como una letanía.

Vaso espiritual, forma infinita, rosa mística
que aparece ante mí cuando cierro los ojos.

Inmune a esta luz que recibo
como un don que no comprendo,
abajo está la noche pero no sé decir
cuerpo.

Mi boca en sed conoció el silencio,
mis manos renovaron el pecado original del mundo.

XLVIII

Cuando llegamos al tanatorio
ya habían recogido las flores
(sobresalían del contenedor de basura de restos
orgánicos)
y apagado todas las luces salvo una.

Con la boca seca
como si nos hubiésemos bebido el mar,
como cuando se atraganta un silencio,
estábamos viudos del mismo dios
—caliente aún el cadáver—.

Una vez firmada el acta
se nos cayeron los apellidos uno por uno
hasta quedarnos desnudos con el nombre.

No hubo testamento ni última voluntad,
nada que legar —demasiado tarde—
y nada que decir —demasiado pronto—.
Pasamos de ser hijos a ser apenas una idea,
un triste sustantivo solo,
sin un adjetivo al lado.

¿Su herencia?

Esta compulsión enfermiza por desgastarme,
un pasado enfermo, números rojos y amén.

Las infinitas formas de la culpa
ramificándose como una buganvilla sobre un edificio,
multiplicándose como cucarachas en las noches de
verano,
apilándose como los platos durante la semana
o como los mensajes que nunca le contesté.

Hijos de nadie le pregunto a mi madre
si siempre fuimos huérfanos
los que nacimos en el siglo XX.

Ella mira hacia el suelo en silencio.
Esconde un rosario entre las manos.
Lo aprieta, va moviendo las cuentas:
es el Quinto Misterio
y reza ya el último Padrenuestro.
Siempre olvida las letanías.
Nadie ruega por nosotros.

Todavía quedaban algunos pétalos sueltos
esparcidos por el suelo. No los cogí.
Tengo demasiados marcapáginas.

XLIX

Le pregunto a mi madre qué diferencia hay
entre un cuerpo y un cadáver.

Me responde:
la culpa, hijo, la culpa.

L

Bajo este cielo póstumo vuelvo la vista
hacia la edad primera de las cosas:
creo en el mundo, creo en mis manos,
creo en lo que han visto mis ojos
cuando miraba sin querer.

Aquí acaba el poema.
Aquí las lindes.
Aquí, vivo o muerto,
he sido.